



UN INFIERNO
LLAMADO MENTE

Martín Andrés Martínez

UN INFIERNO
LLAMADO MENTE



Primera edición: diciembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Martín Andrés Martínez

ISBN: 979-13-87909-62-8
ISBN digital: 979-13-87909-63-5
Depósito legal: M-25355-2025

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedico esta obra a mi esposa,
por apoyarme desde el día que la conocí, hace casi 16 años.*

*A mis padres por estar en cada etapa de mi vida
y a mis hermanos, que son mis mejores amigos.*

Contenido

Capítulo 1: Una realidad de pesadilla	11
Capítulo 2: Impotencia, egoísmo y frustración	37
Capítulo 3: La muerte se siente como el principio del fin.....	55
Capítulo 4: Alejandro, Cristian y Paul	77
Capítulo 5: La realidad a veces parece un mal sueño.....	93
Capítulo 6: La realidad no es más que un espejismo extraño	109
Capítulo 7: Solo la venganza te hace sentir mejor.....	127
Capítulo 8: Segundo intento	137
Capítulo 9: Lo que creemos no es real y la realidad no es lo que parece	159
Capítulo 10: En la oscuridad absoluta, seguir la luz es la única salida	175
Capítulo 11: La vida en sí es un milagro.....	193
Capítulo 12: No todo lo que brilla es oro.....	201
Capítulo 13: Una revelación agridulce	213
Capítulo 14: Una realidad intangible	221
Capítulo 15: Ira, rabia y coraje	233
Capítulo 16: El inicio del fin.....	241
Capítulo 17: La muerte permanece oculta y misteriosa	257
Capítulo 18: Una perfecta ejecución	273
Capítulo 19: El tiempo es solamente una extraña ilusión	283

Capítulo 1:

Una realidad de pesadilla

Monte Oscuro, el pueblo de los secretos, donde el tiempo no cura las heridas: las desgarra y las deja sangrando. Y precisamente fue esa extraña dimensión —el tiempo— la que terminaría por asesinar a Lucas. Todo lo que no logró salvar terminaría por alcanzarlo, arrastrándolo a los rincones más oscuros de su conciencia.

Las noches de invierno en Monte Oscuro eran muy particulares por su neblina intensa y abrumadora tranquilidad. El pueblo fue llamado así porque aun estando de día su densa vegetación y sus prominentes colinas hacían que sus calles empedradas parecieran muy tenebrosas. Estaba situado en medio de un área boscosa, repleta de árboles inmensos, con raíces colosales y algunos senderos estrechos y lodosos. Cada noche, Lucas sacaba a pasear a su pequeña perrita café llamada Bicha. Antes de salir seguía una rutina que cumplía al pie de la letra: Regresaba de la universidad, descansaba 20 minutos, cenaba, tomaba un largo baño con agua caliente, alimentaba a Bicha y luego salía a caminar con ella. Esa noche, sin embargo, no pudo seguir su rutina y se atrasó, por lo que terminó saliendo más tarde de lo normal. Al cruzar la puerta, notó que al otro lado de la calle, unos murciélagos revoloteaban entre los árboles. Pensó que chillaban más de lo habitual, pero ignoró el hecho, pues usualmente salía más temprano y nunca había podido contemplar el comportamiento de ciertos animales a esa hora de la noche, así que decidió seguir caminando. Lucas disfrutaba de la se-

renidad que le transmitía la naturaleza, respiraba aire puro y podía relajarse plenamente antes de ir a dormir. A medida que avanzaba, el aroma de las flores y de los árboles frutales se intensificaba y el frío se volvía más penetrante. Durante la caminata, también se encontraba con diferentes animales. Escuchaba con placer la ululación de los búhos y el sonido de distintos insectos. Incluso observó a un mapache cruzando la calle. Para su sorpresa, el animal se detuvo justo en medio del camino y miró fijamente a los ojos de Bicha. Durante un rato ambos se observaron casi sin parpadear. Lucas jaloneaba la correa con insistencia mientras susurraba:

—Bicha, vamos, muévete.

Cada vez tiraba con más fuerza, pero aun así, la perrita no se movía.

—Bicha, por favor, camina —insistió Lucas—. ¡Vamos, Bicha!

Pasó un largo minuto hasta que los animales dejaron de mirarse y entonces Bicha volvió a caminar. Después de ver lo sucedido, Lucas pensó en regresar a casa. Por lo general, sus paseos con Bicha le tomaban media hora, sin embargo, apenas llevaba diez minutos caminando y ya había presenciado un par de circunstancias que siendo franco, le causaban cierto temor. Aun así, decidió continuar.

Aquella noche varias cosas le parecían un tanto singulares. Lucas percibía que por alguna razón la noche estaba más oscura. Algunos árboles que solía ver a diario habían desaparecido, y en su lugar crecían pinos de todo tipo. Además los animales tenían un comportamiento extraordinario, y escuchaba con claridad el alboroto de algunos vecinos en sus casas, discutiendo con sus hijos o parejas, algo poco habitual. Las calles se veían inusualmente estrechas y empinadas, como si el paisaje se deformara.

En determinados tramos, la iluminación era tenue debido a que las ramas de los árboles cubrían los focos del alumbrado público y la neblina hacía que la noche se volviera aún más espesa. En particular, había una calle, en la que la oscuridad se tornaba especialmente densa, y opacaba casi por completo la luz. A pesar de que algún animal podría atacarlo, Lucas pasaba por ese tramo todas las

noches. No le daba mucha importancia a esto, ya que aunque en los alrededores de Monte Oscuro habitaban varios animales salvajes, muy rara vez llegaban hasta el pueblo. Así que, como todas las noches, decidió pasar por allí. Había recorrido un poco más de la mitad de la calle cuando escuchó un rugido fuerte proveniente de una zona boscosa del pueblo, pero no se detuvo. Siguió caminando a paso acelerado. Volvió a escuchar el sonido, esta vez más cerca, entonces comenzó a correr. Bicha, aún con sus pequeñas patas lo seguía con sorprendente velocidad. Sin embargo, no pudieron continuar avanzando: un animal furioso les bloqueó el paso. Tenía los ojos rojos, el pelaje espeso, dientes afilados y una mandíbula colosal. Se parecía a un lobo, pero mucho más grande y corpulento. Estaba justo frente a ellos, parado sobre sus dos patas. Bicha al verlo, frenó de golpe, y comenzó a ladear de forma descontrolada. En cambio, Lucas se quedó mudo, y sudaba a chorros. Siguió su instinto, y sin apartar la mirada del animal, tomó a Bicha en sus manos y corrió en dirección contraria. La bestia, no obstante, los persiguió con una velocidad asombrosa.

—¡Auxilio! ¡Ayuda! —gritó Lucas aterrado—. ¡Que alguien me ayude!

Pero sus gritos no fueron escuchados. Él recordaba que en esa calle había varias casas, pero esa noche ya no estaban. Mientras corría, pensaba en mil cosas: primero, en lo extraña que era aquella noche y en por qué esas casas se habían esfumado. También en qué pasaría si él moría o peor aún, si su amada perrita la devoraba esa rara criatura; el solo pensarlo le resultaba aterrador. Al encontrarse casi acorralado, decidió dejar la calle y adentrarse en la parte boscosa, donde la oscuridad se intensificaba y el terreno se volvía cada vez más lodoso. Intentaba no tropezar con las piedras y raíces. Su teléfono celular estaba en su bolsillo pero no podía perder ni un segundo para sacarlo, porque ese segundo podría costarle la vida a él, a Bicha o a ambos. Mientras huía intentaba recoger alguna piedra y lanzarla hacia atrás para golpear al animal, pero todos sus intentos resultaban fallidos. A pesar de todo su esfuerzo, la criatura lo

alcanzó y mordió su pierna con furia. Lucas cayó al suelo de forma estrepitosa, intentando no lastimar a su mascota. En medio de la oscuridad, alcanzó a ver los ojos brillantes y rojos de aquella bestia. Sus colmillos eran inmensos y su rugido tan fuerte y profundo, que parecía poseído por el diablo.

—¡Mierda!... ¡Mierda! ¡Largo de aquí! —gritó Lucas jadeando de miedo, mientras intentaba golpearlo con la otra pierna.

Para su sorpresa el animal lo soltó. Como pudo, logró ponerse de pie para enfrentarlo.

—¡Ahhhh! ¡Fuera, bestia! —gritó nuevamente con energía, tratando de ahuyentarlo. Pero por desgracia, no se marchó, al contrario, rugió con más fuerza.

De pronto la criatura se abalanzó sobre sus brazos y atacó a Bicha. En ese instante Lucas se arrojó al suelo para protegerla con su cuerpo. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápido: la bestia ya tenía a Bicha atrapada entre los dientes.

—¡Maldito monstruo! ¡Suelta a mi perrita!... ¡Largo de aquí! —exclamó Lucas al borde del colapso. Con las manos cubiertas de sangre, y entre gemidos y gritos, luchaba por rescatarla. Sin embargo, su fuerza era muy inferior a la del animal.

Todo había pasado en un santiamén, menos de un minuto le bastó a Lucas para enterarse que ya era demasiado tarde y que su perrita estaba herida de muerte y que por supuesto no podría sacarla del hocico de aquella bestia. No le quedaba más que dejarla ir y despedirse de ella. Mientras la soltaba, miles de pensamientos cruzaban por su cabeza: «No fui lo suficientemente rápido. Sufrió demasiado. ¿Por qué crucé por esa maldita calle? ¿Cómo puede ser tan tonto? Esto me va a doler toda la vida...».

Lucas sentía un escalofrío que recorría desde su espalda hasta su nuca. Sin poder contenerse más, rompió en llanto y gritó:

—¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué putas a Bicha?... ¿Por qué a ella si no le ha hecho daño a nadie?

El animal se alejó con su mascota como presa, sus pasos sibilinos apenas se escucharon en medio del bosque. Los sollozos

de Lucas eran tan intensos que apenas tenía aliento para respirar. Dio varios golpes al suelo y gritó con mucha rabia. Se levantó y comenzó a caminar; a pesar de la mordida en su pierna, apenas renqueaba. Quería volver a casa; sus manos y todo su cuerpo sudaban frío, ahora, ¿Qué le diría a su familia? ¿Cómo explicaría lo que había ocurrido? Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, y tenía la sensación de que no podría regresar a su hogar sin antes desplomarse en medio del bosque. Las piernas le temblaban y apenas podía mantenerse de pie. Comenzó a ver borroso y lentamente se desvaneció hasta caer desmayado entre los árboles, golpeándose la cabeza.

Luego de esto, Lucas despertó en su cama, había tenido una pesadilla. Bicha estaba durmiendo junto a él tal y como lo hacía cada noche. Comenzaba un día y una vez más podría salir a caminar con ella por el pueblo, que si bien era tan encantador como lo vio en su pesadilla, también tenía ciertas diferencias con la vida real: Los animales no se comportaban de forma peculiar, las casas seguían allí, y no existía una criatura con alma de bestia que le arrebatara la vida a su mascota. Lo tranquilizaba saber que Monte Oscuro mantenía todos sus encantos naturales sin los acontecimientos extraños de su pesadilla. Lucas llevaba varios meses lidiando con la ansiedad. Sufría de insomnio ocasional y tenía pesadillas recurrentes, intensas y vívidas. Aun así, la situación seguía siendo controlable.

Esa mañana de sábado, tras soñar con la muerte de Bicha, Lucas debía ir a la universidad, que estaba situada en una ciudad mediana llamada Santa Mercedes. Aprovechaba el fin de semana para salir con su novia y realizar varias diligencias que no podía atender en el pueblo. Salía temprano de su casa, subía a su auto sedán color azul y conducía por algunas calles inclinadas de Monte Oscuro, hasta incorporarse a la carretera que llevaba a Santa Mercedes. Manejaba durante una hora. El trayecto tenía numerosas curvas y dos carriles en cada vía, estaba rodeada de montañas llenas de árboles, ríos caudalosos y barrancos muy pronunciados, dónde muchas personas habían perdido la vida en el pasado. El clima siempre era fresco,

a veces con niebla, aunque ese día, el sol calentaba cada rincón. Mientras conducía Lucas escuchaba bandas como Queen y Metallica. Ponía el volumen al máximo, sacudía la cabeza al ritmo de la música, coreaba cada estrofa y disfrutaba los paisajes pintorescos que emergían entre las montañas. No obstante, en el recorrido, había algo que lo inquietaba. Después de cruzar un puente en una curva, a mano izquierda se abría un camino bien señalizado que conducía a la montaña, pero un enorme portón eléctrico lo bloqueaba. El camino llevaba hacia un gran edificio rojo, que desde la carretera se apreciaba a lo lejos casi en la cima de una de las colinas. Lucas miraba que a diario militares o personas uniformadas ingresaban a ese lugar. Sentía bastante curiosidad por saber que había dentro de ese edificio y esa vez se detuvo unos minutos a orilla de la carretera para observar. En los noticieros a varios políticos los cuestionaban acerca del edificio, y respondían diciendo que se trataba de una base militar extranjera, no obstante, muchas personas dudaban de eso. Pasaron veinte minutos, hasta que Lucas reaccionó y se dio cuenta de que ya se había atrasado y que tenía que llegar pronto a la universidad. Sin darle más importancia a lo anterior continuó conduciendo hasta llegar a Santa Mercedes, una ciudad también muy verde. Algo que la caracterizaba era un enorme río que cruzaba de este a oeste y que bajaba desde una montaña tupida. El tráfico fluía con calma, así que pudo llegar rápidamente a la universidad no sin antes recibir una llamada de Lucía, Su novia, para preguntarle por qué estaba demorado. Lucas tuvo que explicarle que la curiosidad le ganó y que se había detenido a observar el edificio rojo.

El edificio de la universidad era gris, de cuatro pisos, con un parqueo amplio y varias entradas, incluyendo una que llevaba a la cafetería, por allí solía entrar Lucas. Desde que cruzó la puerta, vio a Lucía sentada en una esquina, comiendo un pequeño trozo de pan dulce. Cada sábado, ella lo esperaba allí. Para Lucas, era la mujer más hermosa del mundo: ojos color miel, cabello negro, un poco alta —aunque no más que él—, nariz pequeña, y caderas

pronunciadas. Su tono de piel, cálidamente bronceado, era propio, no conseguido bajo el sol.

—Hola, preciosa —saludó Lucas, entre jadeos, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, amor, ¿cómo estás? —preguntó Lucía en tono dulce.

—Muy bien, aunque apurado y cansado, ¿y tú?

—Alegre de verte —respondió Lucía sonriente mientras le daba un beso.

—¿Estás lista para la clase?

—Sí, ¡vamos!

Salieron de la cafetería para dirigirse al aula. Después de recibir la clase se despidieron para que Lucas pudiera hacer algunos mandados ya que en la noche saldrían a cenar.

Alrededor de las 6:30 de la tarde, Lucas ya estaba listo para ir a recoger a Lucía. Se cambió de ropa en el carro. Se puso una camisa de botones y unos zapatos elegantes. Luego atravesó parte de la ciudad, hasta llegar al vecindario donde Lucía había vivido durante los últimos tres años. Antes, ella vivía con sus padres en un pueblo situado a hora y media de Santa Mercedes, pero a medida que avanzaba en la universidad, se vio en la necesidad de mudarse y rentó un pequeño apartamento de una habitación. Lucas llegó al lugar alrededor de las 7:05 p.m. y le mandó un mensaje para avisarle que ya estaba afuera. El edificio de apartamentos era color beige y de cinco plantas. En la calle donde vivía Lucía, había varias casas altas, y muy pegadas entre sí, lo que impedía ver al horizonte. Era también un tramo adoquinado, solitario, angosto y sin iluminación. Lucía salió del apartamento muy perfumada y llevaba puesto un elegante vestido negro y tacones. Lucas se bajó del auto para saludarla:

—Hola, amor..., qué hermosa te ves —dijo dándole un beso.

—Gracias, guapo, ¿cómo te fue? —respondió Lucía en tono coqueto.

—¡Muy bien! ¿Lista?

—Siempre!

Cuando iban camino al restaurante comenzaron a conversar sobre sus planes a futuro:

—Es increíble que estemos a menos de un año de terminar la universidad —comentó Lucas, mirando por la ventana, como si buscara el tiempo perdido.

—Sí, el tiempo ha pasado demasiado rápido —dijo Lucía, en tono serio—. La verdad, no sé qué haré después de graduarme..., no quiero encontrarme con un jefe explotador.

—Uf, sí, eso ha de ser lo peor.

—No sé si podré soportar por mucho tiempo la rutina de un empleo.

—Es difícil —dijo Lucas, pasándose la mano por la barbilla—. A mí me ha tocado estar en el mismo empleo por casi tres años, y no veo que la situación mejore.

Lucía bajó la mirada e hizo una pausa antes de continuar:

—¿Te refieres a la situación en el trabajo o en tu casa?

—En mi casa...

—Yo sé que ha sido difícil para ti y tu familia..., pero debemos enfocarnos en lo bueno —dijo Lucía, tomándole la mano con delicadeza.

—Es complicado enfocarse en lo bueno sabiendo que con cada día que pasa mi papá está más cerca de morir —dijo Lucas, suspirando.

—¿No hay ninguna esperanza?

Lucas apretó los dientes, negó lentamente con la cabeza:

—Honestamente, los doctores no ven mucha solución...

—Lo siento mucho..., si hay algo que pueda hacer, no dudes en decirme —dijo Lucía, apretándole la mano.

—Gracias, preciosa...

—¿Cómo van esas pesadillas?

—No muy bien, anoche tuve una horrible.

—¿Qué soñaste?

—No quiero hablar de eso..., necesito relajarme.

—Está bien, ¿has logrado descansar mejor?

—No..., en realidad cada día me cuesta más quedarme dormido.

Lucía tenía algo en mente, pero no se atrevía a decirlo por miedo a la reacción de Lucas. Aun así, se armó de valor y le preguntó:

—¿Has pensado en ir a terapia?

—¿Para qué? —dijo Lucas, soltándole la mano mientras se rasaba la cabeza con fastidio.

—Para que te ayude con todo lo que me estás contando. Estás atravesando por un momento difícil y a veces no podemos solos con tanta carga, creo que la terapia te evitará un problema mayor en el futuro.

—No creo que necesite eso...

Lucía comenzó a respirar por la boca, como si le costara captar el aire. Aun así, siguió hablando:—Creo que deberías intentarlo..., los problemas siempre estarán y debemos aprender a manejarlos.

—Lo haré a mi manera —dijo Lucas soltando un leve resoplido—. Solo porque a ti te funcionó, no quiere decir que yo deba hacerlo también...

—Esa precisamente es la razón por la que hemos peleado tanto estos últimos meses —replicó Lucía con firmeza—. No puedo recomendarte nada porque crees que es capricho mío, y la verdad no es así, lo hago por ti...

Lucas apretaba la mandíbula y tenía el rostro serio. Sujetando con fuerza el volante, replicó:

—¡No sabes cómo me siento! No sabes lo feo que es que el dinero no ajuste para nada. Trabajo y trabajo y no consigo avanzar.

Mientras lo escuchaba, Lucía respiraba profundo para intentar calmarse.

—¡Mira, Lucas! Agradece que tengo mucha paciencia. Yo nada más quiero ayudarte, eso es todo...

—Está bien..., pero quiero que respetas mis decisiones —dijo Lucas, levantando la mano en señal de advertencia.

—Las respeto, pero quiero que seas más abierto a opiniones y que no reacciones de esa forma tan horrible.

—Ay, por Dios, ¿en serio?... ¿Justo ahora? No me siento bien, no quiero hablar de eso —gruñó Lucas, resoplando.

—¿Cuándo vamos a hablar de nuestros problemas entonces? —preguntó irritada, Lucía.

—No sé, pero ahora mismo no es momento.

—Nunca lo es, pero como tú digas.

—A ver, dime, ¿qué hice tan mal ahora?

—Nada, Lucas, no hiciste nada mal.

—¡Dime, por favor!

—¿Otra vez? ¿De verdad?

—¿Sí?

—Solo una vez más lo voy a repetir, estoy cansada.

—¡Habla entonces! —ordenó Lucas, de forma pesada.

Su mirada cuando se enojaba, era muy intimidante, incluso para Lucía.

—No tomas en cuenta mis sentimientos —dijo Lucía sin dirigirle la mirada—. Eso..., eso duele, Lucas, al menos considera un poco lo que te digo.

Lucas suspiró de mala gana, y como solía hacerlo, se quedó callado.

Lucía trataba de ser lo más empática posible. Sin embargo varias actitudes de su novio la incomodaban. Por ejemplo, cuando conversaban ella expresaba como se sentía, pero Lucas no la escuchaba y casi siempre terminaban hablando de él, justo como acababa de pasar en el carro. Sin embargo, ella ya estaba acostumbrada a dejar conversaciones a medias y a ignorar algunos de sus comportamientos. Aunque a veces sí se molestaba mucho con él y se lo decía.

Sin decir nada más llegaron al restaurante. Lucas se bajó del auto para abrirle la puerta a Lucía. Al caminar por el estacionamiento, no se tomaron de la mano, ni se voltearon a ver. El restaurante tenía un estilo rústico, con un toque de elegancia y una iluminación tenue. Cuando entraron notaron que había mucha gente, pero aún había mesas disponibles. También se dieron cuenta de que

esa noche tocaría una banda; era buena ocasión para estar ahí. Se sentaron y estuvieron mirando el celular sin cruzar palabra durante unos diez minutos, para Lucas fue un silencio muy incómodo, casi insopportable. Finalmente decidió hablar:

—Lo siento... —dijo en tono suave—. Sé que tengo que mejorar, te amo.

En el carro Lucía sintió que lo quería matar, se contuvo varias veces para no hablarle con dureza. Se tragó las palabras porque quería disfrutar la noche y sabía que no valía la pena seguir discutiendo por algo que no se solucionaría.

—Está bien...yo también te amo —respondió Lucía sonriendo suavemente y tomando ambas manos de Lucas por encima de la mesa—. Sigo un poco molesta, pero ya se me va a pasar.

Un rato después, ordenaron una hamburguesa con tocino y cebolla caramelizada. Continuaron conversando sobre la universidad y luego acerca de sus series y películas favoritas. Mientras comían, también escuchaban a la banda y disfrutaban cada canción. Alrededor de la medianoche, decidieron marcharse.

—Te amo. Gracias, pasamos excelente —dijo Lucas, mientras caminaban hacia el auto.

—Sí, estuvo genial —respondió Lucía—. Gracias a ti.

En el estacionamiento del restaurante había un niño pequeño, descalzo y pidiendo dinero. Lucía lo notó de inmediato y, sin dudarlo, se acercó a él.

—Hola, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Gustavo —respondió el niño.

—¿Y cuántos años tienes?

—Ocho.

Lucas observaba, apoyado en su carro.

—¿Y qué hace un niño tan pequeño como tú en la calle a estas horas? —preguntó Lucía.

—Necesito llevar dinero a mi casa para poder comer —respondió el niño bajando la mirada.

—Bien, dame un momento, espera aquí...

Lucía volvió a entrar al restaurante y Lucas la siguió. Ordenó un plato grande, suficiente como para alimentar a dos personas y luego regresó a donde estaba el niño:

—Toma, este plato y este dinero —dijo Lucía, entregándole la comida y unos cuantos billetes—. Espero que te sirva.

El niño apenas volteó la mirada hacia arriba y dijo:

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Luego de eso, Lucas y Lucía se subieron al auto y se marcharon.

—Con cada día que pasa, me admira más tu bondad —comentó mirándola con dulzura.

—Ellos lo necesitan más que yo —respondió Lucía.

—Eres increíble.

—No lo hago para que me digas eso, pero gracias. La verdad, siempre he soñado con poder ayudar a mucha gente, algún día.

—Yo te voy a apoyar en todo, te amo.

—Yo también te amo.

Santa Mercedes era una ciudad partida en dos realidades: por un lado, zonas bien organizadas, con edificios de poca altura, amplios bulevares, restaurantes lujosos y prominentes pasos a desnivel; Por el otro, áreas caóticas, con calles tan angostas que apenas se podía cruzar. Las aceras, además de ser estrechas, mostraban grietas y suciedad, y las edificaciones lucían tan hacinadas que no quedaba espacio ni para estacionar ni para que los peatones circularan con comodidad. El clima resultaba agradable, más templado que el frío de Monte Oscuro y menos sofocante que el calor de verano de otras ciudades de la región. En Santa Mercedes había un área muy popular conocida como la Zona Montañosa. Se trataba de una parte alta de la ciudad, con una gran vista, enormes áreas verdes, parques, y mansiones colosales. Para llegar allí, necesitaban recorrer un bulevar oscuro, y que a esa hora de la noche parecía desértico. Después había que cruzar un pequeño puente antes de tomar una calle larga, ascendente, en forma de espiral. Lucas a veces tomaba un atajo por esa calle para

acortar distancias; sin embargo, esa noche no lo logaría, porque el puente estaba cerrado.

—Qué raro que el puente no esté habilitado —dijo extrañado Lucas—. Tomaré el bulevar de regreso y me iré por el túnel que está cerca de la universidad.

—Está bien —respondió Lucía.

Después de pasar por el túnel, tuvieron que cruzar ciertas calles desoladas, con señales de ALTO en cada esquina. Tras un rato recorriéndolas, Lucía notó que Lucas miraba por el retrovisor una y otra vez. Ella hizo lo mismo y vio que un carro grande venía detrás, pero no le dio importancia ya que Lucas acostumbraba a mirar hacia atrás cuando conducía. Sin embargo al llegar la última señal de alto Lucas aceleró bruscamente.

—¿Por qué aceleras así? —preguntó Lucía, con intriga.

—Porque es tarde...y este lugar es peligroso —respondió inquieto Lucas, mirándola de reojo.

—¿Seguro que es eso?

—Sí, solo quiero que lleguemos lo más pronto posible.

En los últimos años Santa Mercedes se había convertido en una de las ciudades más violentas de América Latina: los asesinatos, secuestros, asaltos y robos eran frecuentes. Debido a esto sus habitantes debían saber por qué zonas transitar para no correr peligro.

No obstante, el crimen existía prácticamente en toda la ciudad. El peligro siempre acechaba. Había que andar con extremo cuidado, sobre todo a altas horas de la noche cuando pocos carros recorrían los bulevares. Lucas avanzaba a toda velocidad y, una vez más, miró por el retrovisor: el carro grande seguía ahí, muy pegado a ellos. Lucía también lo notó y empezó a preocuparse.

—Estás nervioso por ese carro negro que viene atrás, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—Sí, desde que regresé por el bulevar no se ha despegado de nosotros... No me da buena espina.

Ambos se quedaron en silencio, con el rostro tenso. Lucas continuó conduciendo sin detenerse, tomó otro puente a desnivel para

incorporarse a un bulevar que tenía varios árboles enormes y un par de rotundas. Desde allí se veía una hermosa montaña, llena de luces. En ese tramo Lucas aceleró aún más, sin embargo no lograban alejarse del auto negro.

—¡Parece que sí nos está siguiendo! —exclamó Lucía con la voz quebrada, mientras miraba por el retrovisor lateral.

—¡Qué mierda! Esto no puede estar pasando —dijo Lucas, dando un puñetazo al volante.

—Viene el semáforo, ¿qué harás?

—Tengo que pasar. Aunque esté en rojo, no me puedo detener.

—¡No puedes hacer eso! ¡Nos vamos a matar! —dijo Lucía, al borde del pánico.

—No tenemos otra opción... Por favor, siéntate bien.

—¡Lucas, por favor! No es sensato, viene un carro del otro lado del semáforo y vamos a chocar.

—Lo lograremos, por favor ¡cállate y déjame manejar! —gritó Lucas.

Lucía rechinó los dientes y se restregó los ojos. Mientras que Lucas sujetó el volante con firmeza. Observó que del otro lado del semáforo venía el carro que tenía la preferencia para cruzar. Aun así, pensó que tendría oportunidad de pasar, confiando en que el otro vehículo frenaría al verlo. Lucía, sudando, se aferró al asiento, cerró los ojos y susurró:

—No quiero ver, no quiero ver.

Lucas casi sin parpadear y sin apartar la mirada de la calle, aceleró al máximo y logró cruzar por poco. El otro carro tocó la bocina con fuerza y se detuvo de golpe. Lucía abrió los ojos y recuperó el aliento, aunque sentía mucha tensión en el cuello. Por su lado, Lucas creyó que el carro negro se detendría en el semáforo. Sin embargo, cuando volvió a mirar por el retrovisor, se llevó una desagradable sorpresa y entre dientes dijo:

—Este hijo de puta no se detiene...

—Detente en la siguiente gasolinera —sugirió Lucía, mirando con desesperación en todas direcciones.

—¿Y de qué va a servirnos?

—¡No sé, alguien nos puede ayudar! —exclamó Lucía levantando las cejas.

Lucas siguió recto, dejando la gasolinera atrás. Luego tomó un desvío a mano derecha que los llevó a otro bulevar solitario rodeado por varios edificios. En ese tramo, el carro negro se acercó aún más. El sonido de su motor, estridente, incrementaba la ansiedad de ambos.

—Ese carro está cada vez más cerca, ¿llamamos a la policía?
—preguntó Lucía.

—¿Para qué? En este país la policía no sirve para nada, todos son corruptos —respondió Lucas, mientras intentaba secarse las manos con la camisa ya que estaban empapadas de sudor.

—Ocupamos soluciones, ja todo dices que no!

En ese momento un hombre que venía en el carro negro, sacó medio cuerpo por la ventana.

—¿Qué está haciendo ese hijo de puta? —gritó despavorido Lucas al ver por el retrovisor.

Lucía apenas había volteado cuando el hombre hizo un disparo, aunque no directamente hacia ellos.

—¡Acelera Lucas! —gritó Lucía, mientras ambos agachaban la cabeza.

—¡Maldita ciudad de mierda! Quítate el cinturón y agáchate frente al asiento.

Volvieron a hacer otro disparo, pero de nuevo, no era directamente a ellos. Los tiros caían cerca del carro de Lucas. El tipo que disparaba estaba encapuchado y en la oscuridad se miraba como una gran mancha negra.

—¡Hijos de puta malnacidos! —gritó Lucas, manteniendo la cabeza agachada, con lo justo para poder ver hacia enfrente.

Lucía gritaba con cada disparo que hacían, lloraba entre jadeos; seguía agachada frente a su asiento.

—Lucas nos van a matar, tenemos que hacer algo ya —dijo, ahogada por el miedo.

Lucas no respondió. Tras unos segundos, hicieron un tercer disparo. El sonido de los tiros retumbaba en los edificios, en medio del silencio y de la soledad de los bulevares.

—¡Puta! ¿Qué querrán estos cerdos? —gritó Lucas con frustración.

—Nos quieren matar, Lucas, ¡es obvio!

—Tendré que detenerme.

—¿Estás loco? —preguntó Lucía, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Como sea nos van a alcanzar, y no tengo idea de porqué nos están siguiendo.

—Esa no es una solución.

—¿Qué se te ocurre, entonces?

Lucía cerró los ojos y respiró profundo; intentó decir algo, pero no pudo. Las palabras no le salían.

En toda la persecución estuvo alterada, casi fuera de sí. En cambio, Lucas agitado miraba por el retrovisor y evaluaba sus opciones, pero eran casi nulas. Dejaron atrás el bulevar y cruzaron varias calles angostas y sombrías. Se dirigían directo al centro de la ciudad. En esa zona, algunas personas rondaban las aceras, podrían ser asaltantes, violadores, sicarios, o una pobre alma que debía regresar a su casa caminando a esa hora de la noche. Lucas y Lucía tragaban en seco una y otra vez y no pronunciaron palabra durante varios minutos. A medida que avanzaban, comenzaban a vislumbrar prostitutas paradas casi en medio de la calle, figuras ocultas entre las sombras vendiendo drogas y un sinfín de personas sin hogar durmiendo sobre residuos de cartón en las aceras; todo el lugar estaba sucio y descuidado. En las esquinas se acumulaban varios bultos de basura. Los negocios en esa zona protegían sus vitrinas y puertas de vidrio con cortinas metálicas, y muchas de las edificaciones tenían la pintura descascarada, ventanales rotos y paredes agrietadas. Además, el ambiente se encontraba saturado por un olor a cloaca que provenía de un pequeño río que cruzaba el centro de la ciudad. Entre tanto, Lucas y Lucía iban un poco mareados.

—Vamos directo al centro, es muy peligroso —comentó Lucía.

—No teníamos otra opción, por aquí podíamos avanzar más rápido y no importa por dónde nos vayamos, de igual forma nos alcanzarán —respondió Lucas resoplando con impotencia.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Creo que nos están confundiendo con alguien. Tengo un plan, pero debes confiar en mí —dijo Lucas, con convicción.

—¿Qué plan es?

—Como te dije, voy a detenerme en una de estas calles... Te quedarás aquí agachada y me bajaré del carro con las manos en alto para que vean que no soy a quien buscan.

—No, ¡no harás eso! —replicó Lucía, con la voz entrecortada—. En serio, por favor, no te vas a bajar del carro... Si te pasa algo malo, me volveré loca.

—¿Y de qué sirve seguir huyendo? Tengo que protegerte, confía en mí por favor.

—¡Por Dios!, es una locura, busquemos otra opción.

Lucas no respondió, de un momento a otro se perdió en sus pensamientos. Lucía volvió a hablarle en tono fuerte:

—¡Lucas! ¿Estás bien?

Pero él seguía sin responder, manejando concentrado y viendo hacia enfrente. Para Lucía el plan de Lucas sonaba demencial, pero por más que pensaba en soluciones, no encontraba una sola que fuera prudente.

Por un momento, Lucas pensó en llamar a la policía, tal y como Lucía había sugerido. Pero al considerar esa opción, su ansiedad lo hizo visualizar escenarios catastróficos. En su mente, logró ver con claridad su cuerpo y el de Lucía en una morgue, ensangrentados y con signos de tortura, mientras su padre lloraba desconsolado junto a ellos. En cambio, cuando pensó en la posibilidad de detenerse, esa visión desapareció. Era una sensación similar a la que experimentaba cada vez que observaba el edificio rojo: un presentimiento difícil de explicar.

Lucía seguía hablándole, pero Lucas, atrapado en una laguna mental, apenas percibía su voz en el fondo.

—¡Lucas! —gritó Lucía una vez más, finalmente él reaccionó, dando un pequeño brinco.

—Me voy a detener, no hay otra opción —dijo.

Lucía volvió a sentarse e hiperventilaba sin control. Lucas giró hacia la izquierda, frenó con cautela y se detuvo en una calle, tal y como lo había dicho. El carro negro también se detuvo, justo detrás de ellos. La calle era sombría y las casas allí estaban en tan mal estado, que parecían abandonadas. A la distancia se escuchaban cañones pasar y algunos disparos. Lucas y Lucía se voltearon a ver, no cruzaron palabra, pero ambos sintieron que esas miradas eran una despedida. Él se bajó del auto con la cabeza agachada. Lentamente y con las manos temblorosas, caminó unos pasos hasta colocarse frente a aquel gran carro. Se hincó y levantó las manos. Lucía también se hincó, pero lo hizo en el asiento delantero del auto, para poder ver hacia atrás y observar a su novio enfrentarse a aquellas personas.

—Aquí estoy, no sé qué quieren de mí, pero vean, no le debo nada a nadie —gritó Lucas, sin levantar la mirada.

Del enorme carro nadie se bajó. Lucas lo observó de reojo y confirmó que era negro y que no tenía matrícula, mientras las enormes luces del auto deslumbraban su cara. Se cuestionaba que pasaría a continuación. Comenzó a tener sensaciones similares a las que tuvo en aquella pesadilla con bicha. Pensaba en qué pasaría si él o Lucía morían allí. No creía ser capaz de soportar el dolor de perderla. Además, todos sus planes a futuro se convertirían en propósitos vacíos. Lucía desde el auto, observaba todo con mucho estrés. También se preguntaba qué ocurriría en los siguientes segundos; lo que más temía era que le dispararan a su novio frente a ella, no soportaría presenciar una escena así. Lucas continuaba hincado y con la cabeza agachada. Creía que de un momento a otro, alguien se bajaría del auto negro a matarlo. Para su sorpresa, después de un par de minutos, el gran carro negro retrocedió y se marchó. Desde el auto, Lucía esperó a que estuviera lo suficiente-

mente lejos para bajarse y auxiliar a su novio.

—¡Lucas, Lucas! —gritó Lucía mientras corría hacia él.

A Lucas le temblaban las piernas, no podía ni hablar.

—Ya pasó, amor, todo está bien, estamos bien... Te amo, tranquilo, yo te amo —susurraba Lucía mientras lo consolaba y lo ayudaba a levantarse del suelo. En medio de la oscuridad, apareció un sujeto extraño, que se dirigía hacia ellos. Parecía llevar algo en la mano, tal vez una botella. No estaban dispuestos a soportar otro susto, así que corrieron hacia el auto y se marcharon. A pesar de que le temblaban las manos, Lucía condujo de regreso, y ambos continuaron conversando:

—¡Qué hijos de puta! —exclamó Lucas golpeando el tablero—.
¡Malditos! ¡Desgraciados! No entiendo qué fue eso.

—No sé qué pudo haber sido, pero tenemos que ser más precavidos..., creo que tendremos que comenzar a salir más temprano o dejar de salir de noche —comentó Lucía con lágrimas rodando en su mejilla.

—¡Putas! Estos malditos delincuentes nos tienen de los huevos.

—Es normal que estemos asustados y enojados, pero hay que aprender a vivir con esto, no podemos hacer nada al respecto.

—¡Claro que podemos! —replicó Lucas—. Estos desgraciados tienen que desaparecer.

—Por los nervios, ahora mismo todo nos parece negativo, pero es normal.

—Sí, yo sé —dijo Lucas en voz baja, respirando profundo.

Lucía se quedó callada, sentía que le faltaba el aire. Tras cinco minutos, volvió a hablar:

—Gracias, estuviste increíble.

—Sí, gracias a ti —susurró Lucas.

—De verdad lo siento.

Lucas asintió con la cabeza y no respondió más. Ella sabía que cuando él hacía eso era porque se sentía muy ansioso.

Sin decir mucho más, llegaron al apartamento de Lucía, que estaba en el cuarto piso del edificio. Al no más entrar, Lucas rompió en llanto, la abrazó y le dijo:

—¡Lo siento, amor! ¡Lo siento tanto!

—Amor, no es tu culpa —susurró Lucía, con la voz quebrada—. Fuiste un verdadero héroe, me cuidaste en todo momento... Aunque a veces me moleste contigo, es por cosas como esta que te amo.

—Pudimos haber muerto..., es difícil de creer.

—Ni lo menciones... —dijo Lucía apoyando su cabeza en el hombro de Lucas.

—No sé qué haría si te pierdo... Te amo, y no permitiría que nada malo te sucediera —susurró Lucas fundiéndose en el abrazo.

—Esto no volverá a suceder, te lo prometo —dijo Lucía sosteniéndolo como si el mundo se fuera a acabar.

—Te amo, preciosa.

—Yo también te amo.

Ambos permanecieron abrazados durante un instante y entraron a la habitación.

Lucas sabía que la noche sería larga, al menos para él. El incidente de la persecución solo agravó los síntomas de su ansiedad. El hecho de estar en una ciudad tan violenta le generaba un estrés elevado. Lucía se durmió a la una de la mañana. Lucas en cambio, estuvo despierto hasta las cuatro de la madrugada. Se colocaba en diferentes posiciones para intentar dormir pero no lo conseguía. Por ratos revisaba su celular y se quedaba ido mirando el techo; no lograba pegar el ojo. De repente escuchó un par de gritos afuera del apartamento y se levantó de brinco. Asomó la mirada por la ventana y apenas logró ver a un hombre alto y barbón, de pie frente a una casa vecina. Se le notaba inquieto. Un rato después, llegó un *pick-up* blanco que se quedó con el motor encendido. Tras quince minutos, cuatro hombres salieron de la casa vecina con un montón de cajas y bolsas negras, cargaron el auto y se marcharon. Lucas al ver esto pensó que había sido un error asomarse a la ventana. Suficiente tenía con el hecho de no poder sacar de su cabeza el ruido de los disparos y el temor que sintió al enfrentar a aquellas personas. A la mañana siguiente, se despertó temprano, se despidió

de Lucía y partió hacia Monte Oscuro. Cuando conducía volteaba a ver en diferentes direcciones, y antes de cruzar una calle observaba detalladamente si no había cerca un carro parecido al que los había perseguido la noche anterior. Manejó de regreso a su pueblo sintiendo un dolor de cabeza insoportable. El cansancio generado por el insomnio solo empeoraba estos síntomas.

El fin de semana siguiente, Lucas tendría que llevar a su padre, don Lorenzo, a la quimioterapia. Esto representaba un gran reto para él. Sabía por lo que estaba pasando su padre, y odiaba la idea de tener que verlo conectado a una máquina mientras los medicamentos entraban a su cuerpo. Además, era la primera vez que le tocaba llevarlo. Lucas sabía que debía que hacerlo. Primero, porque quería acompañar a su papá, no sabía cuánto más estaría con vida y segundo, debía afrontar ese miedo, no había otra forma de vencerlo más que enfrentándolo.

Don Lorenzo era un señor de 65 años, alto y de piel color canela. Estaba calvo debido a su tratamiento. Poseía una voz ronca y profunda y caminaba como pingüino. Además, hacía amigos con facilidad. El día de la quimioterapia había llegado. Era temprano en la mañana, así que la sala estaba vacía.

—A ver, póngame ya esa sopa de químicos —bromeó don Lorenzo con la enfermera.

Durante la quimioterapia, don Lorenzo no paraba de hablar: daba consejos y contaba historias de su vida. Mientras conectaban a su padre, Lucas pensaba en todo lo que aún debía aprender de él y como le gustaba tenerlo cerca.

—Papá, hay algo que quiero preguntarte... —dijo Lucas entre suspiros.

—Claro que sí, ¿qué es? —preguntó don Lorenzo con una sonrisa melancólica.

—Con todas estas dificultades, ¿cómo puedes estar todo el tiempo tan alegre?

—¿Qué logro con estresarme? —dijo don Lorenzo, sonriente y levantando las manos—. Las quejas no mejorarán mi salud. La única realidad que tenemos es la que estamos viviendo hoy.

—¿Así de simple?

—Cuando tienes una enfermedad como esta, la vida cambia. Todo se vuelve diferente, y terminas por comprender que las preocupaciones no valen la pena. El punto es que siempre hay situaciones peores, por eso es fundamental ser agradecidos y aceptar nuestra realidad sin caer en el conformismo.

Hubo un silencio profundo en la sala. Lucas clavó la mirada en el suelo, frotándose la palma de las manos. Don Lorenzo lo observaba con ternura.

—¿Entonces el truco está en ser agradecidos? —preguntó Lucas, titubeando.

—En parte sí, pero también debemos ser conscientes de nuestras decisiones. Solo así podremos evitar problemas innecesarios. Por ejemplo, si pudiera volver en el tiempo, habría dejado de fumar mucho antes o no lo habría hecho nunca. Es cierto que en algún momento, todos vamos a morir, pero pude haber prevenido esta enfermedad y a estas alturas de mi vida aún sería productivo y no estaría gastando tanto dinero en un tratamiento tan caro.

—¿Y por qué no dejaste de fumar antes?

—Los humanos somos así, no aprendemos con errores simples. En mi caso cambié un placer momentáneo por uno tesoro mayor en el futuro. Decidí fumar y pasar un rato bueno con mis amigos en lugar de cuidar mi salud a largo plazo, es decir busqué la satisfacción y recompensa inmediata. Sin embargo demasiado tarde comprendí que las cosas que valen la pena en la vida, toman tiempo.

La mirada de Lucas expresaba una profunda nostalgia, estaba muy concentrado prestando atención. No tenía el celular en las manos y apenas escuchaba las bocinas de los carros que pasaban por afuera del hospital.

—¿Entiendes ya el poder de las decisiones? —agregó don Lorenzo.

Lucas asintió lentamente con la cabeza, llevándose las manos a la cara, mientras tanto don Lorenzo no dejaba de hablar con entusiasmo:

—Cada decisión que tomes desde joven, tendrá un impacto cuando seas viejo, ¡todas! ¡Sin excepción! Y serán las más importantes de tu vida pero eso yo no lo entendí del todo bien.

—No sé qué decirte... —susurró Lucas—. Todo lo que me dices, es muy agradable y a la vez inquietante. Y te veo tan alegre diciéndolo. Sé que siempre me has aconsejado...pero esta vez es diferente.

Don Lorenzo cambió de postura; su entusiasmo se había esfumado.

—Hijo, quiero que me prometas una cosa —dijo con los ojos llorosos.

Lucas negó con la cabeza y miró a su padre:

—¿Por qué quieres que te prometa algo ahora mismo, bajo estas circunstancias? —preguntó.

—Porque es importante para mí y no sé cuánto tiempo me queda.

—¡Tenías que decirlo! ¡Justo ahora! —replicó Lucas, levantando la voz—. ¿Sabes lo difícil que ha sido para mí todo esto? ¿Sabes cuántas veces me negué a acompañarte porque no quería verte en esa silla? Todos estos meses he dormido mal, y tengo pesadillas, lo menos que quiero escuchar es eso, necesito que me des esperanza.

—Lucas, como padre, debo darles esperanza, pero también debo prepararlos para las adversidades y ser realista... Sé por lo que has atravesado, y precisamente por eso te pido que me hagas una promesa.

Lucas tenía los ojos llorosos, don Lorenzo quería abrazarlo, pero no podía moverse.

—Hijo, ven, siéntate cerca, por favor.

—No quiero —respondió Lucas, de mala gana—. Lo que tengas que decirme, dímelo ya.

—Todo lo que te acabo de decir, quiero que lo apliques en tu vida —dijo don Lorenzo, mirándolo a los ojos sin parpadear—. Quiero que me prometas que tomarás buenas decisiones. Y si no sabes cómo hacerlo, necesito que investigues e indagues sobre el

tema. Cuando yo falte, no quiero que te hundas por favor... Sufrirás un tiempo prudente y te sobrepondrás. Si te veo bien desde donde quiera que esté, seguro estaré feliz.

—¿Cómo puedo prometer algo que no se si voy a cumplir? Si ahora mismo no puedo ni imaginar cómo será mi vida sin ti.

Lucas con un nudo en la garganta y tragando en seco apenas pudo responder. En cambio, don Lorenzo hablaba con mucha calma:

—Hijo, es normal que sea difícil para todos. Yo también perdí a mi padre. Pero el tiempo es esa extraña dimensión que cura las heridas, yo sé que estarás bien.

—Te lo prometo —murmuró Lucas.

—¿Pero de verdad? —preguntó don Lorenzo en tono firme.

—Prometerlo en este punto es muy difícil para mí y me va a costar lograrlo —dijo Lucas, suspirando y haciendo una pausa—. Pero sí, te lo prometo... Te quiero, papá, y no quiero perderte.

—Yo también te quiero, hijo, no sabes cuánto.

Lucas se sentó junto a su padre y lo abrazó.

—Gracias por ser mi papá y enseñarme tanto.

—Siempre voy a estar para ti, hijo.

A Lucas le había encantado aquella conversación con su padre, pero al mismo tiempo había muchas cosas que lo atormentaban. No tenía idea de cómo aplicar ciertos consejos y sentía que no podría cargar con tanto peso en sus hombros. Por su parte don Lorenzo estaba preocupado por su hijo. Lo observaba en silencio. Cada consejo parecía un intento desesperado para intentar guiarlo antes de partir. Saliendo del hospital, Lucas observó un gran carro negro, sin matrícula. Su corazón dio un fuerte vuelco al creer que era el mismo auto que los había perseguido a él y a Lucía. De inmediato, se detuvo bruscamente y tomó otra calle.

—¿Qué pasó, hijo? —preguntó don Lorenzo.

—Ese carro negro creo que era el que nos persiguió a Lucía y a mí hace una semana.

—Sabemos que los confundieron con alguien y además en esta ciudad un montón de carros negros, grandes y sin matrícula.

—Yo sé, pero no me dio buena espina.

De regreso a Monte Oscuro, Lucas volvió a ver ese edificio rojo que lo intrigaba de una manera particular.

—¿No te parece curioso que ese edificio esté allí? —preguntó Lucas.

—La verdad, un poco —comentó don Lorenzo—. Pero en este país muchas cosas funcionan diferente.

